

## Prólogo

### **De Moro a Moro. Palabras previas a una reflexión compartida sobre Estado, democracia e ideología**

Otto von Bismarck, canciller de Prusia y después del Segundo Imperio Alemán, cuenta en sus memorias que, tras abandonar las tareas de gobierno, y retirado en sus posesiones de Pomerania, tierra lacustre, puesta en cultivo por hugonotes acogidos en el siglo XVII por el elector de Brandemburgo, salió a cazar una madrugada en compañía de su edecán, un joven oficial recién llegado de Berlín. Desconociendo el terreno, el petimetre berlinés se internó en un pantano en el que, rápidamente, comenzó a hundirse. Presa de la histeria, y ajeno a la solicitud de serenidad del anciano canciller, el proceso se aceleró. Bismarck, demasiado mayor para intentar sacarle del pantano por sus propios medios, sólo encontró una solución: cargó su escopeta, le apuntó, y le dijo: “o sale, o disparo”. Bismarck termina el relato del suceso con un lacónico: “y salió”.

La efusión emocional del inexperto oficial resultaba incomprensible para Bismarck. Pero el anciano fue capaz de empujar al joven a la adopción de una respuesta eficaz frente a un problema vital. Eso decía el rótulo con el que Harry S. Truman acompañó su instalación en el Despacho Oval: “aquí se toma la decisión”. El legado del anciano Occidente, de la razón frente a la histeria, y de la solución frente a la inmadurez autocomplaciente, emerge en el pensamiento que encierra *Democracia, Estado e Ideología. Apuestas políticas más allá del desierto de las Utopías*, el libro que ha coordinado el brillante profesor Guillermo Andrés Duque Silva para el Fondo Editorial de la Universidad Cooperativa de Colombia, y que se sustenta en algunos de los conceptos inherentes al Estado de Derecho para integrar reflexiones de alcance politológico que pretenden ofrecer al discurso democrático nuevos contextos de validación, explorando las aportaciones de algunas de las más relevantes presencias intelectuales de las pasadas y presente décadas.

De acuerdo con la pluralidad de opciones que semejante planteamiento de la obra ofrece, en todo caso un planteamiento académico y universitario, la lectura se hace apasionante, por no decir militante. Personalmente, sigo encontrando mucho más original a Foucault que a Laclau, y soy incapaz de establecer distinciones en la evolución del pensamiento del filósofo del Poitou. Pero el mérito indiscutible de este libro excelente es, precisamente, interpelar al lector, obligarle a posicionarse, invitarle a regresar a las propias raíces de su compromiso democrático.

Que el servidor público tenía la obligación de regresar de manera regular a la génesis de su vocación era según Moro (Aldo) una obligación moral que convergía con la primera misión de la política: ayudar al ser humano a despertar a la belleza de la vida. Que, sin embargo, la reificación de la existencia limitaba la oportunidad de su pleno disfrute, tal y como lo concebían los utopianos, lo sostenía Moro (Tomás) para reivindicar la modernidad renacentista y el triunfo de la razón. Tras leer esta obra coordinada por Guillermo Duque, tengo la convicción de que cuanto discurre realmente entre el primer Moro y el último Moro, es decir, entre la publicación de *Utopía* en 1516 y el nacimiento de Aldo en 1916, no alberga tan sólo la génesis de todo aquello que, como le decía Hamlet a Horacio de cuanto habitaba entre el cielo y la tierra, “ni tu filosofía alcanza a explicar”, sino una nueva oportunidad para la aventura humana como experiencia de plenitud política.

En algún instante el proyecto utopiano se descolgó de esa experiencia de plenitud. Para Michel Foucault, la ruptura se había producido mucho antes, cuando los mitos griegos demostraron que la sabiduría no era compatible con el ejercicio del poder. Que sólo quien ignoraba su destino se aventuraba a tomar decisiones, y que quien podía imaginarlo se guardaba mucho de hacerlo. Un dilema que, en el siglo XX, hace imposible, para Sartre, la ética, y no digamos la ética del servidor público. Porque si la ética representa el umbral existencial en el que un ser humano se hace responsable de los actos que protagoniza en libertad, el no conocimiento de sus consecuencias falsea desde el principio la ecuación: no es libre quien no es capaz de conocer por anticipado.

Por eso el poder trata siempre de someter a la creación y al intelecto. Hermann Broch se ocupó extensamente de esa pretensión en *La muerte de Virgilio*. Y por eso, frente al dulce naufragar romántico de Leopardi, frente al placentero horizonte que se dibuja para quien intercambia su independencia por la feliz esclavitud del intelectual orgánico, el pensador debe emprender un camino de libertad que parte, en primer lugar, de la afirmación de su propia identidad mortal. Por eso, también, el primer hombre es Ulises, que pudo abrazar la inmortalidad que le ofreció Calypso

y, sin embargo, optó por sentir el peso de sus huesos y de sus tejidos, y la fatiga del existir. Un peso y una fatiga que tienen la maravillosa virtud de recordarnos que estamos vivos. Albert Camus decía que el ser humano únicamente lo era en forma plena en la rebeldía. *El hombre rebelde* piensa. Pero, sobre todo, el rebelde existe.

Los autores que comparten *Democracia, Estado e Ideología. Apuestas políticas más allá del desierto de las utopías* pertenecen a la estirpe de los hombres que piensan, de los creadores que, como el Virgilio de Broch, se resisten a pasar a la historia como bardos del poder. El mérito de este libro reside en su capacidad para ofrecer una panorámica integral, rigurosa y didáctica al mismo tiempo, plural en las ópticas de sus autores y en sus personales, a veces personalísimas conclusiones, del debate en el pensamiento que acompaña a la gestación de una nueva etapa de la historia. Que el mundo cambió se hace evidente, entre otros motivos, por la irrupción de nuevas corrientes de razonamiento libre. Quizá no tanto nuevas por sus planteamientos, o por su reflexión desde el análisis, como por abordar las cosas de una manera, como diría el Ulises de Tennyson, “más nueva”, dinámica, instalada en el cambio que, según John Kennedy, “es la esencia de la vida”. Igual que la ciencia del cambio es la historia. Pero me temo que estoy a punto de abrir un nuevo debate. Y eso hace imprescindible adentrarse en la lectura del que nos proponen los autores de este magnífico esfuerzo liderado por Guillermo Duque.

Comillas, Cantabria, España, 30 de agosto de 2016

*Enrique San Miguel Pérez*  
Catedrático de Historia del Derecho y de las Instituciones  
Universidad Rey Juan Carlos, España